



LOS INGLESES Y EL TRABAJO DURO

Mucha gente que no conoce ni a Inglaterra ni a los ingleses se extraña de lo mal que va la economía de la isla y los isleños de Su Majestad Británica. La clave, sin embargo, es sencillísima: el inglés tiene dos tendencias instintivas que se le dan de miedo, la una es la piratería y la otra organizar el trabajo ajeno; la primera es ahora poco menos que imposible por razones ajenas a ellos, y la segunda se les cortó de raíz por el llamado proceso descolonizador. Total, que ahora se encuentran con que tienen que organizarse su propio trabajo y ahí es donde empieza Cristo a padecer, porque el inglés, con el cerebro lavado por siglos de autobombo y autogloria, se encuentra con que ante otro inglés, por muy proletario que sea, su reacción es instintivamente de igual a igual, y el otro, claro, se aprovecha. Los sindicatos se las tienen tiesas a los patronos y éstos a los sindicatos. Ambos quieren ganar dinero sin dar golpe y claro así pasa lo que pasa. Los patronos insisten en mecanizar la producción para ahorrar mano de obra y los obreros van a la huelga a modo de protesta, porque es lo que ellos dicen, que trabajando gana dinero cualquiera. Hasta la abolición de la esclavitud los ingleses, habilísimos siempre en el arte de volver las cosas del revés para que todo siga igual, legislaron que en suelo inglés no puede haber esclavos: de esa forma los que tenían negros se guardaban muy mucho de traerlos a Inglaterra, porque automáticamente se volvían hombres libres, y de esa forma se mataban la tira de pájaros de un solo tiro: se quedaba bien ante el mundo entero, se evitaba que la isla se llenara de negros con humos de hombres libres y de paso se les hacía trabajar en ultramar como caballeros de color (como decía la BBC para evitar usar despectivamente la palabra «negro») sin ofender los sentimientos humanitarios de los intelectuales ingleses en su propia tierra. Ahora lo que pasa es que los negros trabajan, cuando trabajan, para sí mismos y no para el inglés, que tiene que apañárselas él solito.

Eso de «trabajar para el inglés» es típico, dicho sea de paso, que es como mejor se dicen las cosas, de lo que estoy diciendo: nuestros indios americanos sudaban la gota gorda en las minas del Perú; luego el oro venía a Panamá o a donde fuera a lomo de llamas, tiradas por indios; otros indios lo cargaban en galeones que zarpaban para España y los marinos españoles sudaban la gota gorda mar adentro hasta que venía un pirata inglés y se lo llevaba todo. En fin, que habían trabajado para el inglés.

Otra cosa que se le da bien al inglés es el papel de acreedor, de ahí que, en castellano, «inglés» signifique también acreedor; como dice Clarín: «El poeta que quiere leerle a uno es peor que un inglés»; y eso es también lo malo, que su actual papel de deudores les resulta más bien insólito a los isleños de Su Majestad. En fin, un caso de inadaptación múltiple al nuevo medio, o de desambientación en el nuevo ambiente.

B. WOLF



DE LA VIDA PRIVADA DE MI MAYORDOMO

NO pude resistirlo más. De manera que me volví hacia ellos y, retorciendo un pellizo de fuego en el brazo de mi esposa, susurré al oído del mayordomo:

—Oliver, por favor, delante de los invitados, no

Mi mayordomo deshizo el beso y torció la boca en una sonrisa de superioridad. Luego, empujó a mi esposa y la tiró sobre el café del viejo Lord Foolery. La pobre Sandra quedó sentada en la taza con las nalgas al baño maría y los ojos llenos de lágrimas. Oliver fijó sus ojos en mí y obligóme a bajar la vista mientras reprobaba mi conducta con un: «¡Sois un estrecho, milord!...». Estuve a punto de lanzarme sobre él. Afortunadamente, me contuve a tiempo. El mayordomo hubiese repelido la agresión y, dado su carácter tremendamente colérico, a estas

horas andaríamos todavía enzarzados. Pero, una vez más, mi flema británica se impuso y no hubo nada. Oliver dio la vuelta y salió del salón, no sin antes palmear el trasero de Lady Hendrix y depositar un tierno beso en el escote de mi sobrina Caturla. Lord Foolery aprovechó para decirle a Sandra: «Milady, veo que estáis muy cómoda sentada en mi taza de café; pero se me está cansando el brazo. ¿No podríais iros a hacer puñetas?». «En seguida, milord», respondió mi esposa. Y salió corriendo en busca del mayordomo. Inmediatamente, todas las mujeres de la reunión salieron a galope tendido tras la mía y así se fueron todas en busca de Oliver. Lord Foolery dijo: «Este mayordomo es un ligón. Deberíamos hacer algo, señores. A este paso, todos los nobles de Inglaterra habremos de añadir

un par de cuernos a nuestros blasones». «Yo ya los he añadido, milord —repliqué— y quedan muy bien junto a los bezantes en sotuer y a los leones rampantes». «Yo prefiero la sencillez de la torre», contestó Tower-Orange Sweat. Lord Foolery cerró la discusión: «De cualquier manera, es preciso anular a ese mayordomo. Démosle un puesto en los Comunes». Me negué. Al pensar que Oliver pudiese marcharse de casa, un estremecimiento me corrió por la espalda. Miré a través del ventanal. Fuera, en los inmensos jardines de palacio, el travieso mayordomo corría desnudo a lomos de mi señora rejoneando a las demás invitadas. No. No podía prescindir de él, al menos hasta que encontrase otro parcedo...

TOLA

